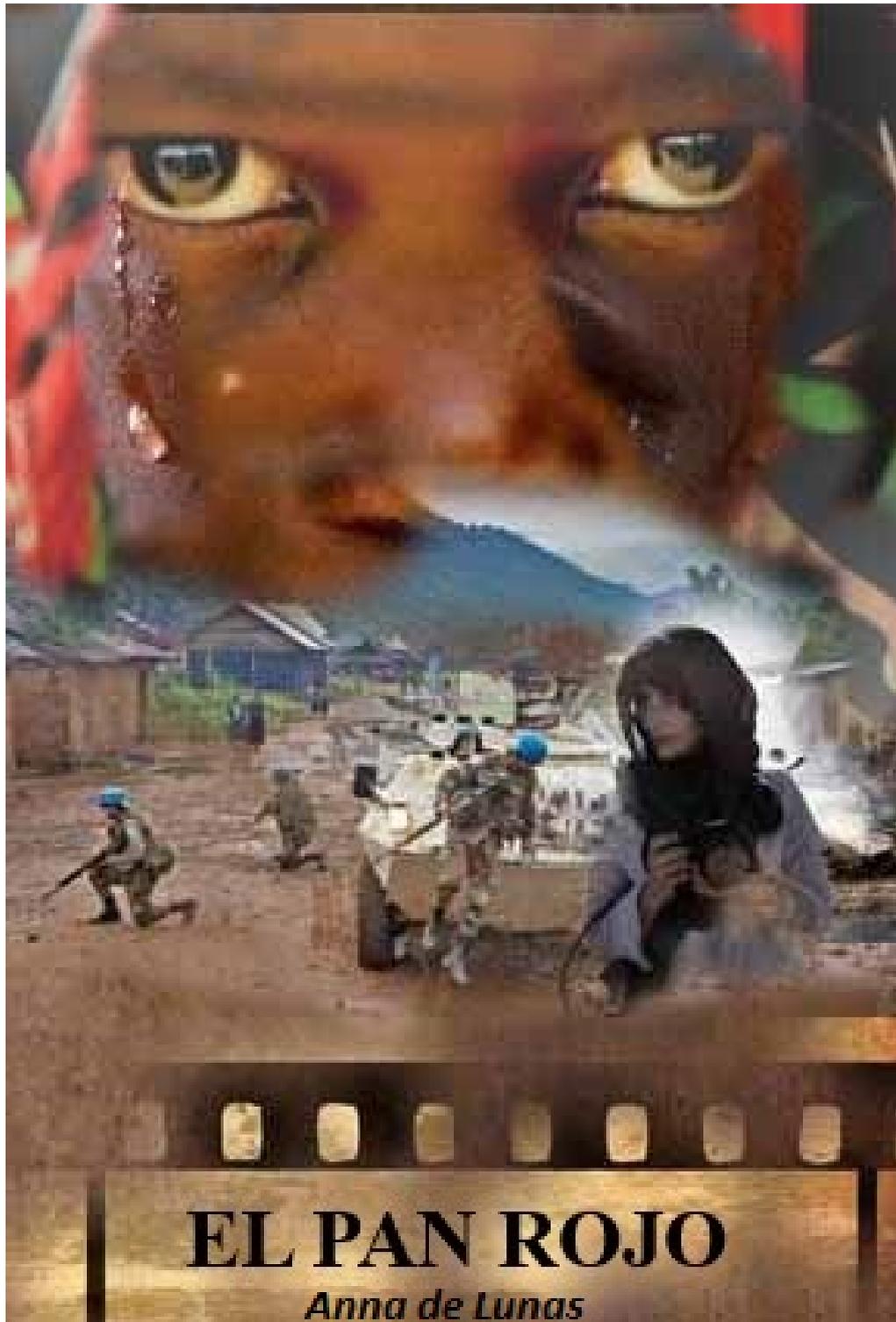


# El pan rojo

Anna de Lunas



# Capítulo 1

## EL PAN ROJO

...y África los cambió a todos, haciendo de Livingstone un explorador, de Baker un formidable narrador de historias, de Burton un neurótico vagabundo, de Speke un héroe trágico y de Stanley un conquistador. A la postre, uno por uno cayeron seducidos por el mal de África. Y todos murieron soñando con regresar...

(Javier Reverte)

### **...15 AÑOS ANTES...**

— ¡Gaby por el amor de Dios baja de la cabina! ...como te vea alguien me la lían buena.

— ¡Venga Casper!... ¡enróllate anda!...explícame que son todos estos botones.

—Te he dicho mil veces que no soy piloto, ¡anda!, baja de ahí antes de que te hagas daño o te cargues algo.

—Por si no lo sabes este cacharro esta en desguace listillo. Ya está roto...—comento Gabriela con gesto de burla y gesticulando las comillas.

—Cierto, tú lo has dicho, “está” en desguace... — aclaró el joven imitando el gesto del encomillado —...lo que significa que si sigue aquí es porque aún no lo han desguazado como puedes comprobar tu misma ya que estas

metida en la cabina, así que ya estas bajando antes de que la lées parda.

— ¡Venga cascarrabias solo un poco más!...

— ¿Has venido tu sola?, ¿Y tu hermano?

—No he venido sola, mi hermano está con mi padre en el patio mirando el Würger, ya sabes, mi hermano se pirra por los aviones antiguos.

— ¿Tu padre está aquí?... ¡por Dios bendito!...me van a meter un puro del demonio.... ¡¡¡bájate ya, leche!!!

—No, ya te lo he dicho, mi padre esta atrás, en el patio, no puede verme... ¿eres muy religioso no?...—interrogó a la vez que burlonamente colocó sus ojos en blanco.

—Pues no, no lo era hasta que te conocí... ¡baja inmediatamente de ahí!, ¡si tu padre ve que te dejo subir al caza me va a matar!, ¡si no bajas subiré yo!...¡¡¡que te bajes coño!!!...—alzó la voz a la vez que lanzó su mirada hacia la puerta del patio.

—Jolines Casper, que cenizo eres...ya voyyyyyyy... —añadió mientras daba un brinco de la cabina del piloto hasta la escalerilla de acceso.

El gesto fue rápido, no quería causarle problemas al fantasmilla de Casper, pero en su acto reflejo durante el salto, el cordón de su deportiva quedó enganchado al interruptor que accionaba el paracaídas de frenado del avión. La activación del dispositivo provocó una fuerte sacudida del aparato que hizo que Gabriela cayera sobre el joven y por efecto ambos al suelo, que la totalidad del andamio que rodeaba el aparato se viniera abajo y que una soberana explosión sonara como cien mil cañonazos en todo el hangar y de seguro en toda la base.

Tendidos en el suelo, ella sobre él, ella le miraba espantada, él cerró los ojos huyendo del desastre que se avecinaba mientras sus labios susurraban...

« ¡Joder, joder, joder...! ¡Voy a limpiar letrinas durante el resto de mis días!... »

Pero abrió los ojos y la vio, a ella, sobre él, completamente aterrorizada. Sus enormes, bellos y sinceros ojos miel inundados en lágrimas que no querían brotar le miraban penetrándole en su interior, su boca, carnosa y roja cual fruto de pecado y a escasos centímetros de la suya lanzaba un aliento agitado y jadeante que desbloqueó todas sus fortalezas. Sus manos la sujetaban por los hombros, hombros sedosos y cálidos de una

piel que aun ansiada era intocable para él.

La joven apretó su cuerpo contra él temblorosa como una hoja, el joven recluta cerró los ojos un instante para gravar ese momento en su memoria. Fuera cual fuera su castigo había merecido la pena por esos segundos abrazado a ella. «En el futuro cuatro años no serán nada»- se repetía como un credo desde el día que la vio seis meses atrás, cuando sin quererlo, se tropezó con ella en este mismo lugar. Le fascinaban los aviones y desde aquel tropiezo día si i día también habían coincidido en aquel hangar, ella después de sus clases a partir de las cinco de la tarde y él siempre la esperaba para enseñarle las nuevas adquisiciones de las cuales él era el encargado de la limpieza.

Ella quince y el diecinueve, en cualquier ciudad o pueblo del país alguna pareja de esas edades caminaba de la mano o disfrutaban de su romance abiertamente, pero allí no solo era la edad sino que ella simplemente no le veía, para ella era un empleado más de su padre, el Coronel Infante, sin embargo para él se había convertido en una quimera, en un sueño inalcanzable, algo deseado y prohibo que jamás estaría a su alcance....

— ¡Por el amor de dios que ha pasado aquí!— una voz firme y bronca resonó en todo el hangar.

Varias personas, entre ellos el padre, el Coronel Infante, aparecieron despavoridos en el hangar, rápidamente se percataron de que los dos estaban tendidos en el suelo, aquello alertó al Coronel que dio un grito aterrador y lo lanzó a la carrera hasta ellos.

— ¡Gabriela!....Gabriela hija ¿estás bien?...

Jamás podría olvidar la última mirada que ella le dedicó cuando su padre la arrancaba bruscamente de entre sus brazos. Una mirada que lo dijo todo, de las que se calvan en el alma para el resto de tus días porque en ella has encontrado algo parecido a lo que tú ya sientes...

—Estoy bien papá...tranquilo.

—Hija mía ¡gracias a dios! , ¿Qué ha pasado?

—Mi zapato se ha enganchado en alguna parte de la cabina, no lo sé, después ha habido una explosión y he caído...— bajó la mirada al suelo avergonzada.

— ¿En la cabina?, ¿qué demonios hacías tú en la cabina?... ¡soldado! ¿puede explicarme porque mi hija estaba dentro de la cabina de un caza?

— ¡Si señor!... la mandé a buscar un destornillador que dejé olvidado en

la carlinga señor.

— ¡No papá! eso no es así...— Gabriela intentó mediar pero su padre la silenció de inmediato.

— ¡Cállate Gabriela!...tu y yo hablaremos luego. — la mirada del Coronel heló la sangre de su hija.

— ¿La mandé?... ¿desde cuándo mi hija es su ayudante soldado?...

— ¡Papa escúchame!...por favor no le...

— Jorge, llévate a tu hermana a mi despacho y esperar allí – ordeno el Coronel a su hijo con gesto firme y bizarro sin quitar la vista del joven soldado.

El joven recluta la vio alejarse a regañadientes y peleando, gritando negaciones a su favor que el padre ni siquiera atendía y una mirada final de culpa que dibujo una leve sonrisa en su boca y que después quedó como uno de los recuerdos perpetuos que conservaría de ella.

No volvió a verla. Pasado un tiempo supo que su padre la había enviado a estudiar Escocia. Su castigo, seis meses sin permisos de salida y guardias nocturnas no fue nada comparado con el tiempo que la añoró, sus conversaciones mientras el reparaba alguna avería, sus risas cuando se enfadaba con ella por alguna trastada, su compañía, su olor dulce que impregnaba el ambiente pero sobre todo estar junto a ella a pesar de saber que era inalcanzable para él.

## Capítulo 2

### LA CARTA

Casi un año desde que envió la solicitud y ahora, por fin, tenía la respuesta entre sus manos.

Había llegado la carta que tanto esperaba, pero no había podido abrirla, sintió miedo a la respuesta que llegaba dentro, buena o mala sentía pánico solo imaginarla por eso y también porque, él, había estado todo el día en casa y por el momento no le apetecía tener que darle explicaciones ni tampoco enfrascarse en una discusión, que de seguro la habría en cuanto supiera el asunto de la misma.

En su habitación, envuelta en su cálido albornoz, recién salida de la ducha y a punto de arreglarse para la cena familiar jugueteaba con la misiva entre sus dedos, ante la duda de abrirla o no aquella misma noche, pero la duda se disipó de un plumazo al escuchar a Sloan salir de la ducha, se dirigió de nuevo al vestidor y volvió a guardarla en la caja de zapatos donde llevaba desde ayer cuando la recogió de correos.

Recordó la ola de emoción que recorrió su cuerpo entero en forma de escalofrío cuando vio impreso en el sobre el emblema de la ONU, el chico encargado de las entregas tuvo que llamarle la atención pues había quedado clavada al suelo y no dejaba avanzar al siguiente cliente. Después el día no mejoró, había colocado la carta en un caballete del estudio y sin poder concentrarse en otra cosa de vez en cuando le lanzaba una mirada e intentaba abrirla sin éxito.

— ¡Cariño ya que estás en el vestidor, pásame la camisa pistacho!

— ¿En serio vas a ponerte esa camisa?, ¡es horrenda!... ¡odio ese color!

— No tienes idea preciosa, tu sentido máximo de la elegancia llega a unos tejanos y un viejo jersey de lana, a no ser que hayas hecho un curso acelerado de estilismo puedes ahorrarte tus comentarios despectivos en relación a mi gusto exquisito y mi elegancia, gracias.

Tomó la camisa verde vómito, la hizo un hatillo y se la tiró a la cama.

—Otra cosa de lo que andas escasa es de razonamiento cariño, solo por joderte me la pondré arrugada.

— ¡Por mi como si quieres ir en pelotas o ponértela llena de manchas!...—seguirá siendo una camisa de mierda—...balbuceó entre

dientes.

Aún dentro del vestidor clavó la mirada nuevamente en la caja de zapatos, cerró los ojos y tragó saliva, sus piernas temblaban y su estómago se hacía un nudo por momentos, si en algún momento sintió la sombra de la duda desde luego no era ahora, cada vez que él abría la boca sentía más fuerzas para hacerlo, pero jamás se había lanzado a algo semejante, en el fondo su yo interno era muy conservador, así que aquello le removía sus parámetros totalmente y le quitaba el suelo de los pies anegándola en una sensación de vértigo que la aterrorizaba.

El taxi avanzaba lentamente. En esas fechas navideñas era un desenlace esperado y del que resultaba difícil escapar pero ahora, a las personas que se aglutinaban en compras de última hora en comercios y aceras, o que simplemente iban de un lado a otro a sus lugares de festejo, había que sumarle también una caprichosa y potente lluvia que se había sumado a la fiesta y puesto la guinda a una noche que ya de por sí se presagiaba dura para volverla caótica.

Sloan parloteaba en gaélico a través de su móvil con alguien que por lo visto y según el tono de la conversación, le estaba contrariando en algún tema, Gabriela por su parte, intentaba ausentarse mentalmente de aquel odioso momento concentrándose en las gotas de agua que resbalaban por el cristal de su ventanilla y en el fantástico reflejo que las luces de navidad de las calles proyectaban en ellas haciendo que parecieran pequeños diamantes cayendo del cielo. Sloan terminó la conversación sin despedirse de su interlocutor.

— ¡Bueno!, por favor que insistencia, hay quien no acepta un no por respuesta. — refunfuñaba mientras guardaba su teléfono móvil en el bolsillo interior de su americana—... ¡por cierto! , mi madre te manda besos.

— ¿Hablabas con tu madre?

—Sí, era ella, ¿te sorprende?

—No, no me sorprende, pero daba la sensación que discutíais.

—Es que lo hacíamos.

— ¿Ocurre algo?

—No, ya está solucionado, quería que fuéramos a pasar el fin de semana allí.

— ¿Y tú que les has dicho?

—Ahora no dispongo de tiempo para un viajecito a Escocia, además, ya sabes que no quiero volver allí, la respuesta es obvia.

—Pero tus padres ya están muy mayores y hace muchos años que no les ves, podríamos ir, por mí no hay problema.

—Si yo quisiera ir tú no serias el problema, no voy porque no quiero verles, lo sabes, y preferiría no tener que discutir de esto ahora.

—Recuérdame que no tengamos hijos. — susurró Gabriela mientras regresaba la vista a la ventana.

—Bueno esa es una conversación que tú y yo tenemos pendiente preciosa, por cierto, ¿te he dicho ya lo malo que me pones con faldas?

—¡Joder Sloan!...contrólate un poquito coño, que el taxista no es sordo.— susurró a la par que retiraba la mano que de golpe había trepado hasta su entrepierna bajo la falda, se sonrojó cuando su mirada se topó con la del conductor a través del espejo retrovisor...— ¡Sloan nos está mirando!

—Ha visto cosas peores, ¿verdad amigo?— el taxista sonrió y asintió en silencio mientras devolvía la vista a la calzada.

—Si no fuera porque espera mi familia ahora mismo me largaba a casa... ieres insufrible!

— ¡Venga ya!...eres una...como lo decís aquí... ¿aguafiestas?

El resto del viaje se concluyó en silencio, Gabriela, casi saltó del coche en marcha cuando el coche por fin se detuvo frente a la casa de sus padres.

— ¡Mujeresi!...—justificó Sloan mientras una sonrisa sarcástica se dibujaba en su cara.

—Sí señor, ni con ellas ni sin ellas

—Quédese la vuelta.

—Gracias señor.

Sloan cerró la puerta del taxi la puerta de la casa estaba abierta, pero ni rastro de Gabriela ni de su padre, que normalmente abría la puerta cuando a través de la ventana les veía llegar y esperaba para cerrar, cabizbajo abrió y cerró tras él al pequeña puerta del jardín delantero, cruzó los diez metros justos que había hasta las escaleras y subió por ellas, Alfredo apreció de la nada con cara de pocos amigos y posición

firme dispuesto a cerrar la puerta tras él.

—Buenas noches Coronel.

—Buenas noches...— Alfredo detuvo el paso del joven posando su mano sobre su hombro izquierdo- ... es Navidad y espero tener una velada correcta.

El recién llegado no contestó pero ambas miradas lo dijeron todo, y un ligero saludo militar posando dos dedos sobre su frente dio a entender al patriarca que allí dentro nadie jamás le disputaría el poder. Sin doblar su gesto arrogante Sloan se dirigió al salón, mano derecha en el bolsillo del pantalón y sobre el brazo izquierdo su abrigo doblado que de inmediato soltó sobre el respaldo de un sillón Luis XV elegantemente tapizado en seda francesa que vestía una de las esquinas del gran recibidor.

— ¡Buenas noches!, ¡vaya! mis cuñados preferidos— se acercó a Teresa y Julio, besó tiernamente a la primera y palmeo la espalda del primero.

—No seas pelota escocés, tus preferidos y también tus únicos cuñados.

—No seas cruel conmigo Teresa, estas manitas de escocés se han portado muy bien contigo- susurró lanzado su mirada a los pechos de la mujer.

—No te cuelgues la gloria, tuviste un buen material para modelar.

—Me alegra ver que tu autoestima ha aumentado ¿gracias a mí también?

—El día menos pensado te atragantas con tu ego Sloan

—No es ego Teresa, a eso se le llama seguridad en uno mismo, por cierto Julio, ¿Cuándo podré arreglarte esa pierna?, Ya hace un año del accidente, es el momento oportuno para quitar esa cicatriz.

—Bueno Sloan, no estoy muy convencido, ya veremos, no me apetece pasar por quirófano una vez más.

—Creo que deberías replantearte una reconstrucción, ese muslo acabará por darte un disgusto, ya te lo dije, cuanto más tiempo pase peor para los injertos.

—No es nada personal, pero creo que voy a pasar de tu propuesta.

—Te equivocas y no sabes cuánto...—añadió tras una mueca de desdén

puro.

—Déjalo ya Sloan.- Gabriela salió al paso de su cuñado al ver que este no dejaba de insistir.

—No me gusta que me interrumpas cuando hablo preciosa. —le susurró tomándola del brazo y acercándola hacia él.

—No te preocupes Gaby...—interrumpió Julio para intentar relajar el momento—... él puede decir misa que yo sé muy bien lo que tengo que hacer, además...—miró a Sloan—... si algo tengo claro es que jamás me pondría en tus manos.

— ¡Vaya!, ¿creí que habías dicho que no era nada personal?, guarda los cuchillos Julio, solo era una sugerencia, no os pongáis todos en mi contra, por mi puedes hacer con tu pierna lo que te plazca.

De pronto la voz del Coronel que se encontraba al lado de la chimenea observando la escena sobresalió en la estancia dando lugar al silencio y a que todas las miradas recayeran sobre él.

—Si seguís por ese camino no me quedará más remedio que dar por concluida la cena.

—Tranquilo papá...- sugirió Teresa—...solo estamos conversando.

—Eso espero, si tuviera que darle ese disgusto a vuestra madre sería la última vez que entraríais por esa puerta, todos, así que sois adultos, comportaros como tal.

El silencio volvió a ocupar la estancia, Tes se dirigió hacia el equipo de música y prendió el botón del CD aprovechando que un disco estaba colocado. Un bolero de los Panchos inundó la habitación, su padre adoraba este tipo de música así que no le sorprendió que hubiera ese tipo de música preparada, miró a Gaby buscando su aprobación pero esta le lanzó una mirada de socorro al sentirse presa del baile con Sloan...

— ¡Vaya!...- una sonrisa incomoda se dibujó en su cara—...mejor cambio el disco.

—No déjalo— instó Julio ajeno a la situación— me gusta, además preciosa, con esto puedo, ¿bailas princesa?—sugirió seductor tendiendo la mano a su esposa.

Tes no pudo menos que atender la petición de su dulce marido y suavemente ambos empezaron a mecerse al ritmo del bolero. Gaby sonrió dulcemente a su hermana entendiendo su gesto, Alfredo, que permanecía sentado en una esquina del envejecido sofá Chesterfield junto a la

chimenea, no pudo evitar fijarse en Gabriela, que en una esquina del salón, permanecía callada y pensativa apoyada en el marco de la ventana con la mirada perdida. Lanzó su mirada a Sloan, que al otro lado del salón hablaba por el móvil gesticulando y nervioso, pero aquella imagen no era nueva, el cirujano siempre estaba pegado a su móvil, pero la melancolía de la mirada de su hija si le preocupó. Sin dudarlo lentamente se acercó a ella.

—Gabriela, ¿estás bien?...— pero la joven seguía absorta en el paisaje, seguía lloviznando, su padre insistió—... ¿iGaby!?

—Si papa, perdona, dime.

—Te preguntaba si estás bien.

—Sí, claro ¿por qué no iba a estarlo?

—Llevas casi una hora en casa, tenemos la chimenea encendida y la calefacción a toda marcha pero tú aun llevas puesta la gabardina, ¿tienes frio?

— ¡Uy!, ino, no!...— sonrió levemente—...estaba cómoda y se quedó puesta. — mientras hablaba se desprendió de ella llevándola a la misma butaca donde reposaba el abrigo de Sloan.

La gabardina había ocultado hasta ese momento un preciosos vestido de seda natural color verde esmeralda de delicados tirantes y escote vertiginoso en la espalda, con lo cual los allí presentes al verla quedaron asombrados. Era la primera vez que Gabriela lucía un vestido de noche.

— ¡Oh madre mía! —exclamó Tes al verla— ¡estas divina cielo!

— ¡Jolines cuñada! ¿Todo eso estaba debajo de esa cutre gabardina?... ¡Vamos a tener que hacer más cenas!

— ¡Venga ya! ...cortaros un poquito, solo es un vestido...

—No, no, no...perdona cielo...— interrumpió Sloan que ya había concluido su llamada y regresaba junto a ella, tomándola por la cintura con fuerza hacia él—...no es un vestido cualquiera es un Valentino de ochocientos euros.

—Sloan, es de pésimo gusto decir el precio de los regalos. — Añadió Tes de inmediato.

—No cielo, a las mujeres hay que dejaros las cosas claras que no valoráis nada. ¿Verdad amorcito?...—añadió sarcásticamente mientras se

acurrucaba por la espalda besando el cuello de Gabriela.

Ella disimuló su incomodidad y sonrió sutilmente mientras soportaba la mirada inquietante de su padre y el ardiente aliento de Sloan en su nuca. Sabía que su padre no aprobaba aquellos roces sensuales por muy pareja que fuesen, Tes y Julio lo habían respetado siempre pero Sloan siempre solía rozar el límite del desastre, Gaby miraba a su padre el cual parecía muy violentado y con la vena a punto de estallar contra Sloan, lo que finalmente acabaría con una cena suspendida y su madre llorando.

— ¿A que tengo buen gusto chicos?, sabía que estaría espectacular.

—Nunca hubiera imaginado que este fuera tu estilo Gaby, ¿te gustan los vestidos?...— comentó Tes sabedora de que su hermana jamás se había puesto un vestido así, a parte del día de la comunión y el cual se encargó de destrozarse en el jardín el mismo día del evento.

—Bueno, no es mi estilo...— contestó tímidamente—...pero es tan bonito que no pude resistirme a ponérmelo.

— ¿Crees que la he obligado a ponérselo?...— lanzó la pregunta a su cuñada junto a una fría mirada. —... porque si es así quizás tienes en poca valía a tu hermanita.

— ¡Sloan!..— Alfredo se pronunció mientras saltaba del sofá, Julio le detuvo.

—Vamos a tranquilizarnos ¿vale?— sugirió Julio — ¡venga Alfredo!, no hagamos de esto nada de lo que nos tengamos que arrepentir.

—Respeto la decisión de mi hija de estar contigo Sloan y por respeto a ella no la vamos a tener, pero un consejo, ándate con mucho cuidado.

La joven se tensó como una cuerda de guitarra al sentir las palabras de su padre. De un manotazo despegó a Sloan de su espalda, en aquel momento deseó que la tierra se abriera bajo sus pies.

Tes percibió la angustia que su hermana estaba soportando.

—Gaby, ¿me acompañas al baño por favor?—

Tes tomó rápidamente de la mano a su hermana y casi a la carrera arrastrada por su hermana se dirigieron al aseo que había en la segunda planta en el dormitorio de sus padres. Tes cerró la puerta de inmediato y miró muy fijamente a su hermana.

— ¡Venga ya!, ¿vas decirme que coño pasa contigo?

—No pasa nada Tes, de verdad.

— ¿Cómo que no pasa nada? , ese gilipoyas está muy crecido hoy ¿no? ¿ha vuelto a hacerlo?

— ¡No!, ¡no!, no me ha tocado.

— ¡Si vuelve a ponerte las manos encima le corto los huevos!...!no me mientasi...

— ¡Que no joder, que no es eso!

— ¿Entonces?

—Solo es un cabreo Tes, de verdad, no te preocupes.

Tes se tiró al cuello de su hermana y se fundió en un gran abrazo repleto de remordimientos por haberle instigado a estar con semejante cerdo.

—Espero que algún día puedas perdonarme.

— ¿Por qué dices eso Tes?

—Siento que todo lo que te pasa es culpa mía. Yo te marqué ese camino como seguro y...

¡Oh dios mío!, ¡siento tanto todo lo que estás sufriendo!

—Tranquila todo está bien Tes, no te preocupes. No soy una niña, tenía que haberlo visto. No te culpes de mis tropiezos ¿vale?, me sentiría fatal si sé que te sientes culpable.

— ¿Por qué sigues con él?

—Quizás pequé de ingenua y creí que cambiaría, pero nada más lejos, cada día es más insoportable.

—¿Y qué piensas hacer?, sinceramente , no quiero asustarte, pero hoy lo estoy viendo más subidito que en otras ocasiones, ya ni papá le impone respeto , dice lo que quiere sin medir las consecuencias y la verdad, no me hace mucha gracia saber que estás a solas con él.

—No exageremos ¿vale? Será mejor que bajemos o papa empezará a sospechar.

—No hace falta que te recuerde que te partió el labio ¿verdad?

— ¡Venga ya Tes! , no fue así y lo sabes, sabes perfectamente que me di yo al tropezarme con el marco de la puerta del coche, y no me pegó, me soltó el brazo de golpe y yo caí, nada más. No te voy a discutir que es un imbécil redomado, engreído y prepotente, pero jamás me ha puesto la mano encima, vamos a dejar las cosas como están, sin dramatismos.

—Sí, perdóname, no era mi intención, pero me pone muy nerviosa su actitud, siento miedo por ti, perdóname.

— ¡Venga tonta!, vamos abajo, a este paso nos pillan las uvas en el baño.

Teresa madre apareció por la puerta de la cocina, portando una bandejas con copas de coctel de champan rosé, una tradición ineludible de la noche de fin de año en aquella casa.

—Bueno familia... — anunció la mujer mientras depositaba la bandeja sobre la mesa. —...deberíamos empezar a cenar o el año nuevo nos pillara seguro.

Las delicias que Teresa preparó con esmero para la cena no ayudaron a relajar el ambiente rancio, continuaron las miradas de reproche y los comentarios, que aun siendo más moderados por la presencia de la mujer, denotaban un hastío importante que como un halo invisible cubría la velada.

Tras degustar el postre, un delicioso Bolo do Rei, preparado por ella misma como cada fin de año por tradición ancestral de la familia, Alfredo lanzó una mirada al reloj de pared y se pronunció.

—Bueno, ya casi es la hora. — añadió a la vez que se alzaba de la silla y conectaba la radio.

Normalmente la gente solía ver las campanadas en la televisión o en algún lugar de entretenimiento pero allí la costumbre era escucharlas por radio, era ese pequeño momento en que el padre regresaba a su infancia y ese momento de nostalgia siempre fue especial.

El locutor, en pleno fulgor y rodeado de un estrepito de voces gritando, riendo y festejando, anunciaba que solo faltaban cinco minutos para las campanadas. Alfredo como buen anfitrión sirvió champan en las copas de sus invitados y regresó a su asiento.

—...3,2,1....iiiFeliz año 2017!!!.....— vociferaba a todo pulmón el locutor,

De fondo una muchedumbre alocada de gritos y pitidos le secundaba y daba fe del gran tumulto que debía haber en aquel momento a su lado.

Nada que ver con el ambiente de aquel salón, las copas se chocaron, el uno brindó con el otro y viceversa pero la única fuente receptora de abrazos y arrumacos por parte de sus hijas fue Teresa, algo que a la mujer no le pasó desapercibido.

Tras el primer brindis Alfredo se puso en pie y como cada año, desde que ocurrió la desgracia, alzó la copa por su hijo Jorge que tres años atrás había fallecido en una misión en Afganistán....

—Querido hijo, ya no estas con nosotros pero siempre estarás en nuestros pensamientos y en nuestros corazones, deseamos que allí donde estés seas inmensamente feliz y también sabemos que cuidarás de todos nosotros hasta que algún día nos reencontraremos. Te queremos hijo.

Teresa, escucho las palabras de su marido con la cabeza cabizbaja, no pudo menos que emocionarse y reabriendo el dolor de aquella terrible perdida en silencio las lágrimas resbalaron por su mejilla.

El Coronel la miro y susurrante propuso a su mujer, que orgullosa y emocionada le miraba con ternura y devoción desde el lado opuesto de la mesa, una buena tanda de boleros, a lo que ella, encantada, accedió sin vacilar.

Antes de que la mujer pudiera abandonar su silla, Sloan se levantó de la suya y tomó la palabra.

—Por favor Alfredo, quisiera pedirte un momento, tengo algo importante que decir y me gustaría que estuvierais todos aquí.

—Te escuchamos.

—Bien.... —tenso pero convencido de su próxima gesta inició su oratoria—... antes de nada quería decirles a todos que siento mucho si últimamente hemos tenido nuestras diferencias, quiero que sepáis que, bajo mi carácter de pocas palabras, de rudo y terco escocés, hay una firme voluntad de entendimiento, así que voy a intentar por todos los medios mejorar en la medida de lo posible en todos los aspectos que sean necesarios y abrirme más a vosotros...

Gabriela mantenía la mirada baja, era demasiado tarde para esa confesión, dentro de ella esas palabras estaban vacías, los demás, atónitos ante esa nueva y desconocida actitud le observaban atentos pero desconfiados. Tes miraba a su hermana mientras su mano izquierda, oculta bajo la mesa y sujetada por la mano derecha de Julio, apretaba el puño a cada palabra pronunciada.

—...amo profundamente a Gabriela y quiero hacerla feliz, y para que quede claro que no son simples palabras empezaré por convertirme en

uno más de la familia.

Sloan llevó su mano derecha al bolsillo del pantalón y extrajo de él una pequeña cajita de terciopelo negro, retiró la silla e hincando la rodilla derecha en el suelo abrió la cajita mostrándosela a Gabriela, la cual no daba crédito al momento y atónita miraba al escocés incrédula a los ojos.

—... Gabriela, sabes que no soy dado a las delicadezas ni al romanticismo pero aquí, delante de tu familia y en tu hogar, quiero pedirte que te cases conmigo porque para mí tú eres mi hogar.

Tomó su mano izquierda y colocó la sortija en el dedo anular. Una preciosa y elegante sortija Tiffany's con un enorme diamante solitario engarzado en oro blanco, mientras la miraba a los ojos. Tes no esperaba esa escena y mucho menos el mutismo de su hermana, con la sangre congelada no le brotaban las palabras, sabía que no debía entrometerse en aquello pero se sentía explotar por momentos, Julio le acariciaba la mano oculta bajo la mesa para calmarla, consciente del estado de ebullición que estaba alcanzando. Teresa madre lloraba emocionada inmóvil en su silla, el progenitor, aguardaba cauteloso pero impaciente la negativa por parte de su benjamina, pero al igual que Tes, quedaba atónito de su silencio.

Gabriela, como en trance, con la mirada clavada en su mano, ahora engalanada con el reflejo de los mil colores del arcoíris del brillante, por lo general su voz interior solía acompañarla continuamente volviéndola loca, pero ahora, hasta ella había enmudecido. Sloan, que no esperaba ese silencio, valiéndose de su orgullo cortante volvió a pronunciarse.

—Sé que estás emocionada, tranquila, solo es un anillo. Podemos hablarlo luego con más calma.

“Calma”...esa palabra resonó dentro de Gabriela por que esa era la única palabra que aquel escocés no comprendía ni sabía cómo ejecutar, esa palabra en su boca ganaba otro significado, "problemas" por suerte su vocecilla interior regresó a tiempo advirtiéndola y obligándola a reaccionar...“va a haber bronca, has herido su amor propio, dile algo ¡¡rápido!!”...

— ¡Si quiero!...

Sloan quedó sorprendido ante la espontanea respuesta que ya no esperaba pero más aterrorizada quedó ella cuando se escuchó a si misma pronunciándolas. Atónita buscó la mirada de su padre, que desconcertado intentaba entender lo que acababa de ocurrir, Tes, clavada a su silla esperaba una explosión paterna que no llegó, y tras exhalar en un suspiro de dolor todo el aire que hasta ahora guardaba en sus pulmones tomó su copa y la bebió de un solo trago. Teresa daba pequeños botecitos sobre su

asiento a la vez que aplaudía enteramente feliz. Alfredo le sonreía dulcemente al verla envuelta en su entusiasmo, aún con la inquietud prendida en la mirada.

— ¡Bien chicos, vamos, celebrémoslo, todos a bailar!!...

Teresa, eufórica y feliz, incapaz de aguantar un segundo más en su butaca provocó un estallido de alegría y convido a todos a bailar sin percatarse que ellos seguían petrificados y clavados a sus sillas.

## Capítulo 3

### Decisión

La tormenta, había producido apagón en varios sectores de la ciudad, incluido el barrio donde se hallaban de celebración, lo que provocó un final de fiesta anticipado, algo que entristeció a Teresa pero que alegró a los demás comensales, pues el ambiente se había enrarecido aún más después de la reacción de Gabriela a la pedida de mano. En el interior del auto la oscuridad hacía que cualquier frase pronunciada pareciera una confesión. Sloan contestaba a los mensajes que iban entrando sin cesar en su móvil a través de Telegram, ella había recostado la cabeza en el respaldo y con los ojos cerrados, intentaba ordenar sus pensamientos, su cabeza era un auténtico caos, mientras, en su mano, la ligera presión de la sortija la incomodaba y recordaba cómo, en un segundo, se había complicado todo. Carraspeó para intentar deshacer el nudo que se presionaba en su garganta.

— ¿Creí que dormías?— comentó Sloan si dejar de prestar atención a su iPhone.

—No, me duele la cabeza, solo intento relajarme un poco.

—Te ocurre algo más...— se pronunció tajante.

— ¿Por qué lo dices?— decidió seguir sin mirarle, no deseaba iniciar una conversación.

—No hace falta pensar mucho.

—No pienses, a veces las cosas son simplemente lo que son, no lo compliques.

—Bien, espero que mañana estés mejor porque tú y yo tenemos una conversación pendiente.

El trayecto restante de apenas diez minutos se hizo eterno. A penas el auto frenó por completo Gabriela bajó de un salto, llaves en mano no esperó, entró en el hall del edificio tomó el ascensor y esperó dentro de él ,con cara de circunstancias, a Sloan que caminaba relajado pendiente aún de su teléfono el cual no abandonó hasta llegar al dormitorio.

Para ella su cabeza, un auténtico revoltijo de pensamientos desordenados, no dio tregua y la mañana llegó sin piedad casi pillándola en vela.

Nunca le gustó trasnochar, por eso siempre había evitado las salidas a discotecas o bares musicales hasta las tantas, pero si alguna vez lo había

hecho, como en el caso de la noche anterior en que no había posibilidad de un no por respuesta, su cuerpo se resentía de tal modo que al despertar se sentía entumecida y agotada.

Abrió los ojos lentamente y como cada día, su mirada perezosa se hechizó de los primeros rayos de sol, que filtrados a través de la cortina de tul verde manzana, transmitían una tonalidad, casi podría llamarse, celestial, a la estancia. Era su momento de remanso de paz, el silencio lo envolvía todo, y despacio, se preparaba para un nuevo día, pero hoy no era un día como otro cualquiera en que al despertar ya estaba sola en casa, hoy no, hoy era festivo, 1 de Enero, con lo cual Sloan posiblemente aún seguía a su lado .

Lentamente giró la cabeza para comprobar de reojo con miedo a despertarlo si aún seguía allí, pero las sábanas alborotadas mostraban el colchón vacío, extrañada y con mirada expectante contuvo la respiración para intentar escuchar algún sonido en la casa. Unos pasos lejanos, ¿quizás en la cocina?, no, el sonido de unas llaves, silencio y la puerta del piso cerrándose. Sloan acababa de salir, se sintió en paz y un largo suspiro sacó de sus pulmones todo el aire contenido.

Se acurrucó de nuevo en el esponjoso edredón y regresó la vista a la ventana y su cortina verde manzana, esa parte del ático daba al Este, con lo cual el sol lo acariciaba nada más salir, y en breve llegaría hasta ella, sintió un escalofrío y se arropó de nuevo, al hacerlo, algo arañó su mejilla.

— ¡La puñetera sortija!...- refunfuñó.

No se la había quitado al meterse en la cama y el gran pedrusco que lucía, al topar con su mejilla, le recordaba las palabras de Sloan la noche anterior... «una conversación pendiente». La colocó sobre la mesita de noche y se quedó observándola. El sol ya se había posado sobre ese mueble, y el descarado pedrusco le mostró insolente su desmedido reflejo...« ¿Cómo puede algo tan bello, ser a la vez tan odiado?», pensó.

—No es culpa tuya, no eres tú, es lo que representas para mí.

De muy mal humor, pues el tema había mandado a hacer puñetas toda su relajación, se destapó de un manotazo y se sentó en la cama, cabizbaja se habló a sí misma.

— ¡Esto no puede ser Gaby, tienes que acabar con el tema de una vez por todas, esto no es vida!

Se dirigió al baño. Una ducha rápida, una ropa cómoda y a desayunar.

Estaba dispuesta a coger el toro por los cuernos, tan pronto entrara Sloan por la puerta le abordaría con el tema. Preparó café y al ir a por leche a la nevera lo vio. Un pósit amarillo en el cual rezaba -"salgo para la clínica, una urgencia, no me esperes para comer volveré a la noche", todo el ímpetu cayó de golpe a sus pies, hoy no iba a tener la "charla"

Tomó asiento en una de las banquetas de la cocina y a pequeños sorbos fue tomando su café, intentó dejar la mente en blanco y simplemente observar como la ciudad a sus pies iba iluminándose por el sol, deseaba esa tranquilidad del primer café de la mañana, pero no fue posible, en su mente merodeaban, de un lado Sloan y su anillo y de otra la carta que paciente, aguardaba sin abrir en una caja de zapatos. Decidió que ya no más y a grandes zancadas se dirigió nuevamente al dormitorio, sacó la carta de la caja y la colocó sobre el edredón, se retiró un par de pasos y con la taza caliente entre sus manos, como si fuera a realizar la fotografía más importante de su vida, y en parte así era, tomó una panorámica más amplia de la escena, y la fotografía que encuadró no podía ser más elocuente, en el mismo encuadre, y sin buscarlo estaban, las sabanas revueltas de Sloan, el reflejo arcoíris de su anillo y la carta .

Paseó rodeando la gran cama de derecha a izquierda y viceversa unas tres veces hasta que su taza quedó vacía y ya no quedaban más sorbos de café en ella. La colocó sobre la mesilla de Sloan y en ese momento se percató de que él había olvidado su teléfono móvil. Lo ignoró por completo y tomó la carta entre sus manos.

En un acto reflejo la llevó hasta su nariz, cerró los ojos y la olió profundamente. No esperaba encontrar ningún olor especial, pero recordó su infancia y el estímulo placentero que llegaba a su olfato cuando suavemente, deslizaba las páginas de algún libro nuevo y empapada en aquel aroma sentía como si ese instante fuera un ritual íntimo.

De un golpe seco y espontáneo rasgó el sobre y sacó el documento.

Lo primero que vio a la izquierda fue el membrete de ACNUR elegantemente estampado en relieve como en el sobre, bajo el emblema la fecha y a la derecha sus datos personales redactados a modo de carta comercial, primero su nombre y apellidos, bajo el mismo su dirección y por último el código postal y ciudad.

Ya no había marcha atrás, la desdobló y empezó a leer. Empezaban la redacción con una presentación sobre la organización, elegante, refinada, pero nada personal, 15 líneas en las que detallaban lo buenos y grandes que eran como organización y lo bien que funcionaban. También explicaban que el mismo documento que tenía en esos momentos en sus manos sería remitido también por correo electrónico.

Después de un punto y aparte por fin hablaban de ella, que después de la entrevista personal telefónica y tras haber estudiado su espléndido curriculum y acreditado sus titulaciones, revisado los antecedentes penales y el historial médico la consideraban "APTA" para iniciar la labor requerida por la vacante solicitada " FOTOGRAFO/A PARA REPORTAJE INFORMATIVO Y DE SEGUIMIENTO DE LAS OBRAS Y AMPLIACIÓN DEL CAMPAMENTO DE REFUGIADOS DE MOGUNGA Y VARIAS INFRASTRUCTURAS DE COMUNICACIONES EN GOMA (REPÚBLICA DEL CONGO). Respiró aliviada... ¿o no?, un escalofrío recorrió su cuerpo de la punta del dedo del pie hasta el último pelo de su cabeza, por un momento sintió que el suelo bajo sus pies se tornaba mantequilla. Se tumbó sobre la cama y apretando la carta sobre su pecho se perdió en sus pensamientos. A partir de ahora se vislumbraba un Vía Crucis devastador. Primero con Sloan, que armaría la de Dios cuando escuchara sus planes y la de redios segundos después cuando se percatara de que los suyos se iban directamente al garete. Después con su padre, toda la vida luchando para apartar a la benjamina de los conflictos bélicos y ahora, ella solita se metía de lleno en uno, todo eso sin contar el pollo que le iba a montar Tes, ¡ella se parecía tanto a mamá!, recordó cuando de pequeñas Tes pidió para Reyes una cocinita con horno ¡que tuviera luz! y ella un Atlas, el más grande que hubiera, ¿por qué vas a pedir eso? le preguntó su padre cuando escribía la carta a sus majestades Los Reyes Magos de Oriente...-« ¡papá!, si quiero viajar tengo que saber dónde están los países ¿no? »- le contestó, solo tenía seis años, con siete ya pidió su primera cámara...

Tes, la perfecta anfitriona, la perfecta ejecutiva ama de casa, a todas horas estupenda malabarista de la vida, capaz de dirigir una empresa, cuidar de su marido y seguro que de sus futuros hijos a la vez que hace spinning y zumba y con el tiempo sobrante hacer tartas, tan deliciosas, que harían pecar al mismísimo Dios. Ella, sin embargo odiaba cocinar y todo lo relacionado con el hogar, el único electrodoméstico afín a ella era la magnífica cafetera último modelo que por fin había aprendido a utilizar, el microondas, aliado suyo para lo bueno y malo de esta vida, ¿qué sería de ella sin unos macarrones recalentados de su madre?, y la secadora para evitar acercarse lo más mínimo al artefacto endemoniado quemarropa "la plancha". De todas, todas, una joya de mujer...-sonrió a la vez que se encogía de hombros... siempre se preguntó ¿qué demonios pudo ver en ella el escocés?...aunque pensándolo bien, no todo había sido malo, al principio fueron felices y aunque duró poco... "el cojo tarde o temprano acaba cojeando", la verdad es que el principio estuvo genial, para ambos...- recordó unas palabras del propio Sloan que le dijo en plena discusión...« ¡qué tú no te valores no significa que los demás debemos hacer lo mismo, eres muy buena en tu trabajo, tu problema es que no te lo crees!...», fue la única vez que dijo algo bonito sobre ella y fue envuelto en reproche, pero en el fondo llevaba razón, era buena en su trabajo, podía decirse que muy buena, varios premios la avalaban, además era feliz haciéndolo, tras la cámara estaba ella, la auténtica, la espontánea, la

que era incapaz de aguantar la cola del súper y sin embargo podía pasar horas tras el objetivo, bajo el frío o el calor, lluvia o nieve, dispuesta a dar con "la "fotografía perfecta.

¡Se merecía esta oportunidad!, ¡quería esa oportunidad!...Sloan le llamaría a esto huir de los problemas, pero quien no huye alguna vez en su vida... ¿por qué no iba a estar permitido huir?, un par de párrafos más abajo le indicaban que recibiría un correo con un documento en pdf donde se le indicaría las pautas a seguir a partir de ahora. La misión partía en un plazo de 30 días, la salida estaba prevista para el 2 de febrero y en dicho documento le informarían donde preparar la documentación, donde y cuales vacunas debía suministrarse y a que cuartel se la derivaría para la partida.

Sintió que sus piernas flaqueaban y una ansiedad galopante la inundaba de abajo arriba, de repente fue consciente de todo lo que se le venía encima y de lo grande de aquel proyecto. Allí tumbada con los ojos cerrados e intentando recuperar el aliento empezó a imaginar la frase correcta para darle la noticia de su marcha a Sloan.

«No eres tú, soy yo...Esto se ha acabado ya no hay fuego entre los dos...Eres estupendo pero te dejo siento que me ahogo... ¿o por qué no decirle la verdad?... ¡Me voy a un país en guerra en África porque prefiero un tiro en la nuca o un brote de Ebola antes que seguir contigo cabrón!»

Quizás el sí lo haría pero se le encogía el alma solo de pensar en ello. Ser cruel era un gen que no constaba en su ADN y por mucho que deseara serlo jamás sabría cómo. Quizás lo mejor sería simplemente desaparecer, nunca imaginaría su destino, no la tenía en suficiente valía como para una aventura así.

Quizás fuera la mejor opción. Su familia la apoyaría en su decisión sin dudarla. Y ella sentía demasiado miedo a su reacción. Aun sentía demasiado cerca la última bofetada, sinceramente sentía pánico, no le creía capaz de ir a mas pero tampoco tenía la certeza de que no lo pudiera hacer, de repente un estrepitoso trueno la devolvió a la realidad.

Incorporada de golpe sobre la cama y la mirada puesta sobre la misma ventana donde momentos antes lucía un bonito y soleado día de invierno ahora una tormenta, que casi había transformado el día en noche, golpeaba con extrema virulencia los cristales. Sintió frío. Tomo el cubrepie de lana y lo colocó sobre sus hombros envolviéndose en él. Se dirigió a la ventana a observar la lluvia.

«...ha sido pensar en cual sería tu reacción y estallar la tormenta... ¿premonitorio?»... sacudió la cabeza...— ¡no seas tonta Gaby, tu nunca

has creído en esas cosas!—murmuro.

Una melodía de violines endulzó el ambiente, suavemente primero, ganando tono después, se sorprendió hasta que recordó de donde venía esa música, se reconfortó bajo la lana y se apoyó en el marco de la ventana para disponerse a escuchar lo que sabía iba a sonar.

Marion, la vecina de abajo, en los días en que el ambiente la sumergía en nostalgia solía poner música, su repertorio era muy escaso, Charles Aznavour o Edith Piaf, su viejo tocadiscos no rozaba otro vinilo que no fueran esos dos, cabía aclarar que Marion era una adorable abuelita de noventa y siete primaveras aunque en apariencia se diría veinte menos.

Francesa de nacimiento emigrante por necesidad, de aspecto pintoresco, pelo canoso a lo garçon, siempre vestía pantalones y abrigo largo en invierno, boina francesa, un bolso de cuero marrón con plumas despeinadas y cuentas azules Hippie, párpados azul nacarado, colorete rosado en sus pálidas mejillas, labios desperfilados en rojo pasión y grandes lentes de pasta marrón redondas a lo John Lennon.

Una vez estuvo en su piso, la encontró en la escalera mareada y estuvo con ella un par de horas hasta que llegó la asistente social. Recordó el impacto que le causó la vivienda, en 120 metros cuadrados se podía decir que no había un espacio libre en la pared, fotografías de ella misma las había a miles, se había rodeado de su propia vida, infinidad de pinturas de estilo variado, desde clásicos o estilo pop art y algún caribeño, platos de porcelana, seguramente de innumerables viajes realizados, crucifijos de todos los tamaños y materiales, entre máscaras africanas y majestuosos muebles Vintage, todo ello como colofón a un suelo de moqueta verde oliva y en el salón un enorme sofá Chester dorado con estampado de leopardo...decoración eclíptica donde las haya o simplemente miedo al vacío.

Enviudó a los treinta y cinco, una tristeza galopante y devastadora se llevó al amor de su vida, desde entonces se había dedicado a su pasión, la pintura, y con eso y la jugosa pensión de su difunto marido había sobrevivido sin penas. Su pequeña y única hija Paula murió de meningitis con cinco años, no quisieron más con lo cual no había un familiar directo que la atendiera.

Hoy la lluvia acompañaba a Edith Piaf y su Hymne à l'amour. Esa y Les Feuilles Mortes de Charles Aznavour eran las dos preferidas de su "Teniente Francés" como ella le llamaba cariñosamente.

Etienne y ella se amaron desde niños, compartieron juegos y rodillas rozadas en un pueblecito de Villennes-sur-Seine, crecieron y en la adolescencia se prometieron amor eterno. El cumplió veinte y ella diecinueve años cuando se casaron, el 15 de agosto de 1939, dos

semanas después estalló la segunda guerra mundial, él fue reclutado, y ella, como miles de mujeres más, se vieron empujadas a fábricas de armamento. Cinco años en que las cartas fueron su único roce y aliento en ese amor hasta el día en que él regresó gravemente herido, logró salvar su vida pero no su alma. Sin una pierna, una tuberculosis galopante, una dependencia total a la morfina y un sentimiento enorme de menosprecio hicieron de Etienne un hombre demasiado atormentado para vivir, se quitó la vida con una sobredosis de morfina un lunes por la mañana, Marion le encontró en la cama al regresar de su trabajo.

Ella nunca se consideró romántica, ese papel siempre lo ejecutó perfectamente. Tes, ella prefería la realidad a las quimeras de amores imposibles y dolorosos, detestaba las películas de amor, pero cuando Marion le contó su historia con él Teniente Francés la sobrecogió intensamente.

— ¿Se puede saber qué coño es esto?...

La voz inesperada de Sloan le espantó y estremeció provocándole un sobresalto, no le había oído entrar, dio media vuelta desequilibrándose sobre el cristal de la ventana que hasta ahora escuchaba sus pensamientos y entonces le vio, de pie, junto a la mesita de noche, con su móvil en una mano y en la otra...

« ¡Oh dios mío... la carta!, »— esas fueron las únicas palabras que su mente susurró.

Sus pupilas se dilataron y sus manos comenzaron a sudar, sentía que el pánico galopaba hacia ella pero respiró hondo, tragó saliva y clavó la mirada sobre la de Sloan sabiendo que el momento que ella había dado por perdido había llegado sin avisar y era ahora o nunca.

— ¿Y bien?, ¿te has tragado la lengua?...—interrogó el escocés con voz sumamente profunda y amenazante.

—No, pero me has asustado.

—Sé que me tienes miedo, puedo olerlo, es asqueroso, pero por lo visto no lo suficiente, dime, ¿qué es esto?

—Una carta.

— ¡Vaya! estas más elocuente que de costumbre, ya veo que es una carta, me refiero a lo que hay escrito en ella.

—Creo que ya lo sabes, lo has leído.

Sloan introdujo el teléfono móvil en el bolsillo de su pantalón, y con paso lento y mirada helada, carta en mano mostrándola en alto, se dirigió hacia ella, que pegada al cristal ya no tenía más espacio para retroceder.

—Sí, pero quiero que me lo digas tú.

—Sobre un trabajo... - susurró casi tartamudeando-...me han admitido.

Apoyado en la pared con la mano lanzó su cuerpo hacia ella presionándola contra el cristal, y lanzando una respiración ardiente a su cuello susurró.

—Bien, vamos avanzando...—su sarcasmo cortaba el aire—... escúchame bien, ni lo sueñes.

—Me marcho Sloan.

No esperaba esa respuesta tan contundente por su parte, quedó perplejo, descuadrado y sin palabras por unos segundos, todo un éxito para ella que siempre había sido la de los silencios como respuesta.

—No sé de qué va esto ni me importa pero olvídale. Vamos a casarnos y no hay tiempo que perder en tus tonterías.

—No

— ¿Cómo dices?

—No voy a olvidarlo Sloan y por supuesto no voy a casarme contigo. Voy a marcharme ya lo he decidido.

— ¿Esta es tu decisión?...— le susurró diabólicamente mientras le acercaba la carta al rostro—...Pues mira lo que hago yo con tu decisión.

Con un gesto seco se apartó de ella, tomó la carta entre sus manos la hizo añicos y después una bola que acabo incrustando en su boca. Gabriela cerró los ojos ante la humillación que dolió más que el roce de la uña sobre su labio inferior la cual provocó un ligero pero sangrante corte en el mismo.

Sloan como si no hubiera ocurrido nada, se puso su abrigo de nuevo y salió de la habitación hablando en voz alta.

—Regreso a la clínica, solo vine a por el móvil, pasaré a buscarte sobre las ocho, vístete en condiciones, tenemos el recital de Jazz con los Márquez y son unos clientes muy exclusivos, no quero que digan que eres una pordiosera.

Un fuerte portazo la regresó al mundo humano y agrio que la rodeaba. Devolvió la vista a la calle.

Fuera aún llovía y ahora también en sus mejillas, toda la tensión y rabia contenida brotaba ahora por sus ojos. Un sabor metálico y al bajar la vista una gran mancha de sangre en su camiseta de algodón blanca le recordaron su labio dolorido. Tras los cristales empañados por su respiración agitada la silueta de Sloan cruzaba la calle corriendo hacia la otra acera donde un deportivo rojo le esperaba con Isabella al volante, su exuberante e italiana secretaria y amante.

La voz rota y desgarradora de Edith Piaf no daba tregua y envolvía el ambiente, mientras ella se percataba que su alma y autoestima ya no podían caer más bajo...

« Tú nunca tendrás un himno al amor »...—susurró.